

Inmigración española en Chile, 1890-1920: los prestamistas*

Carmen Norambuena
Universidad de Santiago de Chile

Para hacer referencia a la relación entre el desenvolvimiento de los sectores medios y la presencia extranjera en Chile, necesariamente debe comenzarse por una ponderación numérica. Los años cubiertos por esta reflexión se extienden en el siglo diecinueve largo, es decir, hasta 1920. En un tiempo más acotado, esta observación va de 1890 a 1920. Es el tiempo en que se registran las cuotas más altas de inmigración europea en el país.¹

A diferencia de otros países sudamericanos que recibieron un fuerte aporte extranjero en siglo diecinueve, y donde el impacto en el aumento de la población es impresionante –como Argentina y Uruguay–, en Chile la inmigración debe evaluarse fundamentalmente en el plano del desarrollo de empresas financieras y mineras, del aporte de mano de obra calificada, de la participación en la pequeña industria y, en especial, en el incremento del comercio.

Hacia 1850, Argentina tenía una población menor que la de Chile en 300.000 personas; sin embargo, a fines del siglo XIX la doblaba y en 1960 era 2,7 veces superior. En tal tasa de crecimiento, la contribución extranjera fue decisiva. Entre 1860 y 1930 ingresaron a Argentina 6.276.000 inmigrantes, en tanto que a Chile sólo llegaron 139.000.²

En el país, la incidencia de la población extranjera en el total de la población no ha alcanzado nunca el 5 por ciento, según la información censal. No obstante, la proporción de capitales extranjeros invertidos en la industria y el comercio en este mismo lapso –1890-1920–, supera con creces la de los nacionales. Sin considerar las inversiones de capitales mixtos y de las sociedades anónimas, los grupos extranjeros residentes cubrían en el quinquenio 1915-20 el 45 por ciento de la inversión industrial. Participaban en ella franceses, españoles e italianos, y los rubros que registran mayor inversión son alimentación, vestuario y cueros. Del mismo modo, en el comercio los aportes extranjeros alcanzaban el 60 por ciento.³

- * Esta presentación está basada, en parte, en un trabajo sobre Casas de Préstamos que recientemente he concluido. En él participé, como colaboradora de investigación, Teresa Gatica.
- 1. El Censo General de la República de 1907 registra 134.524 extranjeros, en tanto que el de 1920, 120.436, ambas las más altas cifras censales.

- 2. Hernán Silva et al., *Inmigración y estadísticas en el Cono Sur de América* (Montevideo: IPGH, 1990), pp. 21 y 211.
- 3. Carmen Norambuena "Consideraciones demográficas y económicas de la presencia hispánica en Chile, 1880-1930", en *Actas colombianas* (La Serena, 1990).

Es precisamente en este último rubro donde se centra este trabajo.

El acelerado proceso de urbanización que se observa en Chile desde finales del siglo diecinueve, motivó una fuerte demanda de bienes y servicios.⁴ El crecimiento de la burocracia estatal fue cubierto casi en su totalidad por nacionales que iban teniendo un mayor grado de escolaridad, a medida que el sistema educacional ampliaba su cobertura y diversificaba los estudios.

Los establecimientos comerciales de las grandes ciudades y de las intermedias estaban en gran medida en manos de extranjeros. Coincidentemente, es a partir de 1880 que la inmigración extranjera en Chile presenta un asentamiento mayoritariamente urbano. Fue en las ciudades donde muestra una mayor presencia y donde desarrolló los mayores contactos. Presencia, pues el extranjero en Chile, sin lugar a dudas, se insertó en los sectores medios; y contacto, pues a través de su actividad preferencial, el comercio, se relacionó con estos grupos medios.

Un claro ejemplo de esa presencia y contacto es el sostenimiento del rubro comercial llamado Casas de Préstamos por parte de extranjeros, cuyos principales demandantes fueron los sectores urbanos medios.⁵

En esta perspectiva, el propósito de esta presentación es responder a algunas de las interrogantes claves en este asunto: ¿Qué son y desde cuándo funcionan las Casas de Préstamos? ¿Quiénes son sus sostenedores? ¿Quiénes utilizaban sus servicios? ¿Cuál es su forma de negociar?

De las respuestas obtenidas se podrá evidenciar el problema social implícito derivado del funcionamiento de esta institución crediticia.

Los Montes de Piedad tienen su origen en el siglo quince italiano, cuando hombres pudientes y

de buena voluntad decidieron formar un fondo común manejado como un Banco de Pobres. Ahí se les proporcionaba dinero a muy bajo interés a quienes tuvieran necesidad. Esta iniciativa se propagó rápidamente por Europa, con el carácter de institución de beneficencia protegida por la autoridad. Más adelante se transformó en un negocio de lucro y las autoridades debieron intervenir para evitar los excesos y, al mismo tiempo, proteger los montepíos que prestaban a bajo interés o, en su defecto, crear los propios.

Con el sello de negocio comercial más que de institución de caridad, los Montes de Piedad se establecieron en el país a mediados del siglo pasado. La falta de normas y de fiscalización sobre la materia determinó que por décadas estos negocios fueran fuente inagotable de entradas para los prestamistas, en claro desmedro de los demandantes.

La falta de recursos y la imposibilidad de acceso a ningún tipo de crédito personal, obliga a las personas a recurrir a esta transacción denominada "empeño", por la que se entrega dinero sobre una prenda. Si el préstamo no es de vuelto en su oportunidad, se recupera a través de la venta del bien empeñado. A diferencia de los préstamos con garantía de un bien inmueble -la hipoteca-, éste quita al dueño el uso de la prenda. El diputado Carlos Palacios Zapata, que propició la ley sobre Casas de Préstamos de 1898, señalaba que mientras las personas acomodadas lograban créditos bancarios al 6,9 y 12 por ciento anual, los deudores de agencias lo obtenían al 10 por ciento mensual.⁶

El Código Civil de 1855 legisló sobre el contrato de prenda, pero no se refirió a las Casas de Préstamos, en atención a que su desarrollo era aún incipiente. Por su parte, el Código Penal de 1875 contiene disposiciones más precisas, pues, a ese año, estos negocios habían adquirido una notable prosperidad. Sin embargo, no contenía disposiciones que dieran garantías a los empeñantes, aprovechándose los prestamistas de esta situación que les favorecía. La posterior dictación del Reglamen-

4. Carlos Hurtado, *Concentración de población y desarrollo económico. El caso chileno* (Santiago: Universidad de Chile, 1966), pp. 57-61.

5. Para comprender la magnitud de este negocio se puede señalar que entre 1915 y 1919 sus capitales invertidos giraban en torno a los \$30.000.000. Los préstamos realizados aumentaron de \$44.000.000 en 1915 hasta bordear los \$70.000.000 en 1919. En tanto, los rescates se movieron durante el mismo periodo entre \$39.000.000 y \$50.000.000.

6. José Manuel Santibáñez, "El contrato de prenda", *Memoria Escuela de Derecho, Universidad de Chile* (Santiago, 1923), pp. 52-53.

to de Casas de Préstamos, de 1901, reguló las transacciones hasta la creación de la Caja de Crédito Popular en 1920, año que —como se señaló— delimita este análisis.⁷

La ácida controversia iniciada a fines de siglo en torno a las Casas de Préstamos, permite decir que se está frente a un problema social de gran envergadura. El monto de los capitales invertidos, el movimiento contable y las altas tasas de interés, reflejan la magnitud del negocio. El análisis del impacto social refleja la crudeza de esta verdadera lacra social en la que estaban comprometidos extranjeros y nacionales. Los primeros, llevando el negocio a veces hasta la usura, y los otros, dejando en la casa de empeño hasta lo más personal de sus haberes: su ropa de vestir.

Dentro del comercio interior, las inversiones en el rubro de Casas de Préstamos son tan significativas que merecen especial atención. Si alrededor de 70 por ciento de estos negocios estaba en manos de extranjeros, ya sea españoles, italianos o franceses, se debe señalar que los primeros manejaban una muy amplia mayoría de ellas (casi 80 por ciento de aquellas cuyos propietarios eran extranjeros).⁸

¿Por qué España nos habrá mandado tanto agenciero?, se preguntaba un articulista a través de la prensa: "... de mil agencieros establecidos en Chile, 980 son españoles y 20 de otras naciones, entre los cuales figuran algunos chilenos pelafustanes. Por qué la madre patria, España, la noble y heroica, este gran reino que en tiempos de Felipe II dominó el mundo, esta nación de cuyo vientre han salido hijos tan geniales y preclaros como Cervantes, Murillo, Jovellanos, Calderón de la Barca, Cánovas del Castillo, Etxegaray, Ramón y Cajal, Unamuno, Benavente y cuatrocientos más, nos ha fletado como para castigar alguna grave ingratitud chilena, a tantos tipos inútiles, parasitarios y chupadores, como son los agencieros".⁹

El articulista encuentra la respuesta a esta incisiva pregunta en el alto interés que se cobra por tales transacciones. Si ellas se hubieran regulado,

se habrían terminado o disminuido la cantidad de agencieros.

Si bien otros extranjeros, además de los españoles, participaban en estos negocios, eran éstos los que recibían las mayores diatribas a través de la prensa. Se les acusaba también de tener verdaderas escuelas de agencieros, en las cuales el joven español que llegaba aprendía el oficio hasta llegar a convertirse en socio de la Casa. Del mismo modo, se les acusaba de monopolizar el negocio, pues al asociarse dos o más casas impedían que otros tuvieran acceso a ese rubro comercial.¹⁰ La distribución geográfica y la nacionalidad de sus dueños parece corroborar este último aspecto, pues en más de cincuenta ciudades a través de todo el país, las Casas de Préstamos aparecen en manos de extranjeros, predominantemente españoles.

Tanto fue el ataque a los agencieros españoles, que el propio Ministro de España en Chile intervino en 1921 en el debate público. Expresó que éste era un negocio legítimo y que la mayor parte de los ataques eran calumnias, pero por su carácter engendraban a su alrededor odios populares y leyendas de usura. Como estas opiniones hacían daño a España, el Ministro recomendaba a los agencieros que cambiaran de rubro, empleando sus dineros en otros comercios de mayor utilidad. Como ejemplo, se refería al 150 por ciento de rentabilidad que lograban los azucareros. En cuanto a los chilenos, les sugería la creación de un gran Monte de Piedad al estilo español.¹¹

Pero, ¿quiénes eran las personas que recurrían al empeño?

Según un artículo firmado por un obrero,¹² las ocasiones que daban origen a este drama social eran las siguientes:

Quando se quiere festejar con una buena comida a un amigo i no hai para lo ordinario.

Quando se muere un pariente i se quiere enterrar a lo magnate.

Quando hai necesidad de darse farra con la novia.

7. Ibidem, p. 49.

8. Oficina Nacional de Estadística, *Anuario Estadístico de Comercio Interior* (Santiago, 1919).

9. *La Opinión*, 9 de noviembre 1917.

10. *La Opinión*, 1 de noviembre 1917.

11. *El Mercurio*, 31 de marzo 1921.

12. *El Chileno*, 26 de noviembre 1897.

Cuando es necesario casarse sin problema i con música.

Cuando nace un chico i viene el bautizo.

Cuando hai deseos de salir a veranear i no se tiene dinero.

Cuando un vicio nos pide lo complazcamos.

I para no alargarme mucho diré también que cuando se nos muere alguno en casa ya sea atacado de tisis, peste, membrana, etc., o cualquier enfermedad contagiosa, para que no se nos pegue el mal, tenemos la costumbre de mandarla la Agencia los zapatos hasta el sombrero del finado.

Esta versión un tanto festiva de los motivos que impulsan a empeñar prendas, concluye señalando que no es esto lo que el obrero chileno necesita, sino dinero para montar para talleres e industrias. Estas expresiones contrastan con otros testimonios, como el del observador de una mujer que se apersona ante el mostrador de una agencia:

Aquella tela fue la realizada ambición de una mujer de veinte años. . . . Ella la aprecia en lo que vale

-¿Cuánto? -pregunta el agenciero gruñón y antipático.

-Veinte pesos -responde ella.

-Ocho -rebaja con cortante gesto comercial el prestamista.

Hay un momento de silencio. . . la niña medita.

-Quince que fueran.

-Ocho y no perdamos el tiempo.

La niña comprende que no sacará un peso más de aquel negociante, se resuelve a dejar aquel corte en ocho pesos. Vale cuarenta y para aquella niña vale. . . dos meses de trabajo y economía.¹³

La miseria, la enfermedad, el vicio y la muerte resumen los motivos por los cuales el hombre común concurren a una Casa de Préstamos.

La creencia generalizada de que es el estrato bajo de la sociedad el que recurre el empeño queda desvirtuada ante la multiplicidad de documentos vivos y elocuentes. En la búsqueda de demandantes se encuentra con bastante frecuencia testimonios que apuntan a otro sector socioeconómico.

Los obreros sí acuden al montepío, pero no son las únicas y mayores víctimas.

Sus objetos ofrecidos en prenda, fuera de la máquina de coser, que es riqueza de todas las clases, son los que menos se prestan a la acumulación, a veces delictuosa, de intereses sobre intereses. Su valor limitado, limita en desigual proporción con el abuso del prendero. Son las modestas joyas, el reloj de oro, las cadenas, los muebles, la ropa nueva, toda esa pequeña hacienda de la clase media, del empleado, del pequeño patrón, de la familia caída en pobreza, de la humilde honradez que se bate en silencio con las más apremiantes necesidades las que ofrecen ancho campo al robo, a la avaricia, a la especulación infame del prendero.¹⁴

De modo, entonces, que el concepto de "pobre" que se utiliza para designar a quienes concurren al crédito prendario abarca un espectro social amplísimo: "al mismo tiempo la masa obrera, la clase media, el gremio de los empleados, etc."¹⁵

En 1910, el diario *El Chileno* ofrecía una demostración numérica de la cantidad de chilenos que potencialmente concurrirían a Casas de Préstamo. El censo de 1907, dice, arroja una población de 3.249.279 habitantes, de los cuales la mitad son hombres. Descartando los menores de 16 años, el total de los hombres se reduce a 932.837 personas. Entre abastecedores, artesanos, conductores, domésticos, ferrocarrileros, gañanes, labradores, policiales, suman 721.360, más los 100 mil que figuran bajo la nomenclatura de empleados, restarían sólo 100 mil personas que supuestamente no tendrían necesidad de recurrir a las casas de agencia.¹⁶

Este sistema, que tanta conmoción pública causó, funcionaba de la siguiente manera: el empeñante concurría a una Casa de Préstamos y pactaba con el agenciero el avalúo de la prenda. Este avalúo sería, invariablemente, menor que el valor real del bien empeñado. Del mismo modo, se pactaban las condiciones, tiempo de empeño y los

13. *La Opinión*, 23 de octubre 1917.

14. *El Mercurio*, 29 de junio 1912.

15. *El Chileno*, 4 de marzo 1910.

16. *El Chileno*, 4 de marzo 1910.

intereses. Las especificaciones de la prenda y las condiciones del empeño quedaban registradas en una boleta. Al tiempo señalado, el empeñante, con recibo en mano, retornaría al agenciero el monto recibido, más los intereses acumulados. En caso de no retirarse la prenda, ésta pasaba a remate. Un empleado estatal efectuaba los remates, por parte del agenciero, en los mismos locales de las Casas de Préstamos, donde previamente se exponía las prendas al público. El precio base del artículo que salía a remate era la suma de la tasación más los intereses acumulados. Delo obtenido, se pagaba lo correspondiente al agenciero, el 6 por ciento al martillero y el resto al dueño de la prenda.

El Reglamento de Casas de Préstamos sobre prendas, de 1901, señalaba que "las Casas de Préstamos no podrán cobrar en ningún caso los capitales prestados a título de interés, seguro, almacenaje, bodegaje, conservación de la prenda, contribuciones, arriendos, ni bajo pretexto alguno, más de un 4 por ciento mensual".¹⁷ El interés se contabilizaba hasta el día del retiro de la prenda inclusive, excepto si su valor era inferior a cincuenta pesos, en que el cobro se hacía por mes entero.

Así expresado, el sistema de empeño parece simple y casi ajustado a derecho. Sin embargo, la ley de Casas de Préstamos fue trasgredida en casi todos sus artículos por los agencieros, no obstante las acciones del Poder Judicial. Las sentencias a los juzgados especiales de apelación que determinaban multar al prestamista o clausurar las Casas de Préstamo son numerosas y constantes a través del período estudiado, lo que permite postular que la justicia actuó frente a las infracciones de la ley. La motivaba quizás la conmoción pública que originaba la quiebra fraudulenta de un negocio, los intereses usureros, la suplantación de la prenda al momento del remate, la compra de boletos venci-

dos, los "palos blancos" que hacían subir artificialmente el valor de la prenda, el cierre del negocio un día hábil antes del vencimiento del boleto, etc.

La cantidad de irregularidades que se cometían desde el inicio de los trámites era tal, que pocos actores sociales quedaron sin opinar al respecto: los gremios, la Iglesia, la prensa, los parlamentarios, las organizaciones de beneficencia y el propio Presidente de la República; en fin, el empeño trastornó en buena medida la vida cotidiana de gran parte de la sociedad. Esta conmoción se puede calibrar en un hecho: con motivo de las fiestas del Centenario de la Independencia, el Embajador de Bolivia en Chile hizo un donativo consistente en 5.000 pesos, los que irían a un fondo destinado a rescatar boletos de empeño de máquinas de coser. Al tener noticia de esta prebenda, se inscribieron para hacer uso de ella más de 4.500 personas, de las cuales sólo se pudo cubrir el exiguo número de ochenta.¹⁸ Esta labor fue más tarde continuada por particulares y por organizaciones sociales femeninas chilenas.

Dos hechos van a iniciar el ocaso de estas agencias: la creación de la Caja de Crédito Popular en 1920, a través de la cual el Estado tomó a su cargo el préstamo prendario; y la declinación del proceso migratorio europeo.

A modo de palabras finales: sin desconocer el drama social que esta práctica provocó, es posible reconocer también, a través de las múltiples expresiones públicas, una animosidad contra el extranjero, y particularmente contra el español; sentimiento que no es más que eco de la crisis de identidad de comienzos de siglo.

Por otra parte, se puede reconocer en este ámbito una expresión más de la cuestión social, tema al cual se pretende contribuir con este trabajo.

17. *Boletín de Leyes y Decretos del Gobierno*, Libro LXXI, Tercer Trimestre 1901 (Santiago, 1901), p. 993.

18. *El Mercurio*, 1 de octubre 1910.